

¿PLANIFICACIÓN VS. CALIDAD DEL PAISAJE URBANO? Una reflexión de método*

ROSA T. GUAYCOCHEA DE ONOFRI
Prof. Titular de Historia de la Arquitectura

Las alteraciones del paisaje

Los clásicos problemas de la gestión urbana: ensamble, coordinación, articulación, armonización de la planificación, sea ésta territorial o urbana, o solamente económica, respecto a las acciones concretas puede ser examinado —debe ser examinado—, desde la perspectiva de la modelación, construcción, creación, o degradación, alteración, del paisaje urbano.

En la realidad la planificación urbana se ha desentendido de las consecuencias que para el paisaje —urbano y rural— tienen sus determinaciones. Se soslaya el problema, pero de hecho queda atrapado y se manifiesta como consecuencia de las políticas de ordenamiento.

Involucradas o no dentro de un plan de ordenamiento territorial o como parte de las acciones económicas o sociales del Estado, la construcción masiva de viviendas y las grandes obras de infraestructura son los dos factores de mayor incidencia en la transformación de los paisajes y son los que menos se preocupan de ello.¹

Dejo por el momento de lado toda referencia a la evaluación de los resultados o sea, a su calificación positiva o negativa. El hecho es que la integridad del paisaje natural y su percepción, las características del suelo y sus posibilidades de uso, por otro lado las configuraciones sociales, los lazos históricos, los movimientos cotidianos, los mil y un componentes paisajísticos y culturales —de un modo más o menos repentino—, sufren una modificación.

Admitase que un proceso así desencadenado llegue a resultados no desdeñables. Admitase por ejemplo que un núcleo social formado a partir de un nuevo conglomerado de viviendas, que una nueva definición paisajística o territorial resulten exitosas (admitase que se pueda de algún modo, medir este éxito). Que, por ejemplo, se aprecie mejoría en los sectores interesados, que

* Este trabajo fue presentado al CONGRESO LATINOAMERICANO DE A-REAS METROPOLITANAS organizado por AMBA, Área Metropolitana de Buenos Aires, sobre el tema general: "Ecología y Medio Ambiente en las Grandes Ciudades". El Congreso tuvo lugar en Buenos Aires, entre el 22 y 27 de setiembre de 1986.

1. He tratado estos temas con referencia a la ciudad y provincia de Mendoza en: **Mendoza. Una arquitectura semiurbana lineal**. Dana N° 11 Resistencia, 1981. **Mendoza: La deriva urbana. Los Andes**, 3 de abril de 1984. **La Ciudad y su crecimiento. Los Andes**, 31 de diciembre de 1985.

hay beneficios para el usuario de la vivienda nueva, para el constructor de la obra, para la Municipalidad que incrementa sus recaudaciones, para el nuevo comerciante o artesano que surge. Admítase inclusive que esto se hace sin costo alguno para otro sector de la sociedad o economía, ni para otro paisaje. Admítase que, siendo una obra necesaria, algún costo ha de tener.

Supuesto todo aquello, no es menos cierto que ni la nueva "escena" resultante ni los "libretos" de los actores, fueron considerados como parte de la obra emprendida.

Y como aquellos supuestos son falsos y en verdad resulta que las satisfacciones suelen ser mínimas y de corto alcance y los costos de todo tipo altos, el problema se agrava. A las frustraciones e inconvenientes de los usuarios, a la nueva lista de necesidades de servicios, al incremento de complicaciones y costos en la gestión municipal (por ejemplo nadie prevé el modo de recolección de residuos y la instrumentación de este mínimo servicio suele llevar años), se suma la catástrofe ecológica y la fealdad de los paisajes urbanos y el mal negocio para la economía global. En el caso de las nuevas urbanizaciones suele suceder que el deterioro funciona a dos puntas: se crea un nuevo paisaje urbano sin calidad funcional ni estética y se abandona a la decrepitud el antiguo.

¿Más o menos planificación?

A todo esto un planificador dirá que las fallas derivan de que no ha habido, en verdad, planificación territorial.

Pero supongamos que ésta existe y que lleva a feliz término sus proposiciones y que todo marcha según lo previsto, que hay crecimiento económico, hay salud, hay servicios eficientes, los niveles de ruido son aceptables, los árboles crecieron, las flores han abierto, los pájaros cantan y la gente es feliz. Suponemos, para todo esto, que alguien puede decir que son buenos resultados en punto a economía, bienestar y belleza. Pero aún admitido que todos admiten al final lo que admitieron al principio, o sea que los acuerdos de principio sean ¡guales a los acuerdos de llegada (lo que significa abolir el tiempo), aun así queda la duda de si, hechas las cosas de otra manera no podrían haber sido mejores.

En una aproximación a la realidad sabemos que ni siquiera cuando se ha alcanzado al menos un nivel de salubridad importante y con ser éste un dato fundamental, tampoco se sigue de ello calidad del paisaje: higiene y belleza tienen puntos de contacto pero no son lo mismo. (Una herida desinfectada no es por lo tanto bella). Es probable que la coincidencia entre salud y belleza, cuando existe, obedezca a mecanismos que aún desconecemos.

Luego, viene la cuestión que es de resorte de Perogrullo ¿es posible **una** definición aceptable, generalizable, formalizable, de calidad de paisaje?

¡Si ni siquiera es acotable un paisaje urbano que no sea otra cosa que una instantánea! Tampoco un paisaje urbano puede ser totalmente artificial, a menos que ignoremos que hay cielo, nubes, lluvia, sol, luna, estrellas.

Todo es que con esquemas tan amplios o restringidos como podamos imaginar, la calidad del paisaje urbano, al depender de demasiados imponderables, se nos escapa.

Las posibilidades intermedias

Las posiciones conciliadoras que pretenden llegar a la planificación territorial por vías historicistas o participativas me parecen las más frágiles desde el punto de vista metodológico. Suponer que la experiencia histórica puede dictarnos las vías de futuro es tan válida como la afirmación contraria. Y es tal la contradicción en que se ven sumergidos quienes pretenden apoyarse en la historia en busca de una continuidad —lo cual significa empezar por saber qué, cuál y cómo son la una y la otra— que normalmente de la "lección de la historia" se pasa sin transición a propuestas de planificación totalmente extranjeras al lugar.

La participación de los sectores implicados choca con la dificultad de base de determinar cuáles son los "sectores implicados" con lo que también se llega a que la dirección **de abajo hacia arriba** se invierte en el momento de la decisión.

Vistas en superficie las posiciones de apariencia realista son seductoras y parecen no merecer sino elogios. Nada más loable que extremar los niveles de participación, recoger inquietudes, necesidades, aspiraciones, como la abeja recoge el polen de mil flores y de su amalgama obtiene la miel.

A poco que se reflexione se advierte la imposibilidad teórica y práctica de este camino. No únicamente porque la perfección del método implica censar todo, sino porque debemos comenzar por definir qué es ese **todo** a censar y caemos en un círculo vicioso.

Lo confirma la práctica al primer ensayo. Cuando hemos concluido una etapa de recolección de datos y por veloces que hayamos sido en la faena, ya hay una situación nueva a relevar. A veces una catástrofe anula toda la utilidad del trabajo.

El clásico ejemplo del burro y la zanahoria, la persecución sin fin. Con el agravante de que no sabemos cómo es el burro ni qué zanahoria desea, ni tampoco imaginamos qué zanahoria ofrecerle.

En esta fórmula el tema de la calidad del paisaje urbano se desdibuja aún más. Las encuestas sobre percepción del paisaje dirán algo acerca de la identificación con tales o cuales lugares, sin referencia de calidad; o de apreciación de tales o cuales sitios, según mil variables de edad, condición social, cultura, humor, y muy poco podremos concluir de esto. Tan poco que no equipara el trabajo de encuestar.

El hecho es que mientras más generales son las determinaciones más se

alejando del individuo real y, a la inversa, mientras más descendemos hacia las particularidades, más se desdibuja la posibilidad de involucrarlas en la idea general.

Una de mis bromas favoritas acerca del planeamiento es que la palabra califica bien su esencia: planear, sobrevolar los problemas, desentenderse de lo que sucede allá abajo. Y creo que no otra cosa puede hacer. Si desciende, ya no vuela.

Creo que la conciliación de los dos niveles es inútil. Será mejor comprender que la planificación es posible sólo en un nivel de idealidad. A partir de la proposición de un ideal, del que se deducen actos ideales para seres ideales, el éxito está asegurado.

El paisaje, por su parte, es un objeto concreto, o, mejor, un fenómeno que se crea y recrea desde y para cada hombre concreto.

¿Cómo no habría de haber choque, contradicción, contraste, imposibilidad de integración entre la una y el otro?

Una contradicción metodológica

El choque surge del propósito de considerar dos realidades distintas con la misma óptica, con los mismos presupuestos, con los mismos métodos.

Me parece que se habrá dado un paso importante a partir del momento, en que aceptemos que esto es así y es absurda la pretensión de manejar los dos niveles con las mismas herramientas. Si podemos aceptar que son dos campos inconciliables, habremos avanzado por el buen camino, cual es el de evitar sendas que no llevan a ninguna parte, y no emprender inútiles trabajos de búsqueda de atajos.

Escalas diferentes, métodos diferentes, verdades diferentes

Hace un tiempo encontré una obra que me ha parecido la más brillante síntesis en este punto. Se trata del libro de Jean Hamburger titulado **La raison et la passion. Reflexión sur les limites de la connaissance.** (Seuil, París, 1984).²

El recurso a métodos y conclusiones de las disciplinas científicas ajenas a las de uno tiene la ventaja, primero, que el científico involucrado no llega a enterarse del uso abusivo que se hace de sus investigaciones y segundo, que

2. De la Academia de Ciencias y de la Academia Nacional de Medicina de Francia. Médico, investigador y ensayista. Creador en Francia de la nefrología y del concepto de reanimación médica. Responsable del equipo que realizó el primer trasplante exitoso de riñón entre no gemelos.

algo del prestigio del científico o de la claridad de su inteligencia viene a embellecer nuestra mínima contribución. Quede bien claro entonces que el aludido autor es del todo inocente del empleo que haré aquí de sus brillantes aportes científicos.

Tomaré sólo uno de los temas de su libro; aquel que mejor se adapta a nuestro planteo de método.

En este sentido es central el concepto de *césure* (cesura, discontinuidad, separación, espacio entre cosas) con el que Hamburger explica que existen entre los fenómenos diferencias o distancias que chocan contra nuestro humano afán de encontrar unidad y unicidad de sentido entre las cosas.

Tomando como base las consecuencias que la biología y la medicina han extraído de las investigaciones sobre la alergia y el rechazo de los injertos, Hamburger concluye explicitando su tesis en el sentido de que el hombre comete el error lógico de intentar explicar todos los fenómenos de cualquier índole como si entre todos ellos hubiese sólo diferencias de grado en una escala. Sostiene que entre la **razón** y la **pasión**, entre los diversos órdenes del conocimiento hay "cesuras" que es absurdo pretender anular y que de esta inútil pretensión se derivan cuestiones o interrogantes impropios.

El punto de partida es el rechazo de la unicidad lógica y la defensa de la idea, que Hamburger no duda en aceptar como "poco original" de que es por el contrario de "**maravilla y riqueza percibir la diversidad de campos humanos y que no hay sino confusión en el hecho de negarles autonomía (p. 10). "El único lazo que los reúne, su único lugar geométrico, es que quien los ha creado es el pensamiento humano. La unicidad está en nuestro espíritu, y no en los múltiples caminos que éste puede recorrer."**(p. 11)

Como esto choca a los modos de pensamiento comunes, esta nueva actitud implica violentar nuestros hábitos lógicos usuales y "**aceptar ciertos renunciamientos dolorosos**", (p. 11)

Como todo camino desconocido su tránsito no es fácil ni seguro.

Más terminante aparece esta nueva actitud mental a medida que avanzamos:

*"La fenomenología de Husserl —este gran momento en nuestras concepciones del conocimiento— afirmaba la **invariancia** del objeto: Husserl se negaba a entrar en la eterna discusión de la existencia en sí de este objeto, admitía que se lo puede percibir diferentemente según nuestro ángulo de visión, pero sostenía en principio que el objeto mismo no varía, cualquiera sea nuestro modo de aproximación. Pero, es exactamente esto lo que está cuestionado hoy: no es seguro que haya un objeto invariable, indiferente a nuestra observación; **es posible que nuestra observación cambie al objeto.***

*El concepto tradicional, que exigía la **no-discontinuidad** en el resultado de nuestras búsquedas sobre un mismo objeto, se había implantado (como todos los conceptos cuya pulverización estudiará este libro) en eso que puede llamarse nuestro sentido común, nuestro pensamiento cotidiano. Nosotros no imaginamos que un fruto, una piedra o los fenómenos del nacimiento y de la*

muerte puedan ser diferentes según la manera en que se los estudie. Pero, más la búsqueda progresa, más es claro que aproximándonos a un objeto por medio de métodos y escalas múltiples, nuestro espíritu puede adquirir de él reflejos distintos. Percibimos entonces al objeto bajo luces tan diferentes que no podemos pasar libremente del uno al otro. Las reglas de juego del objeto no son ya las mismas en las diversas escalas de observación." (ps. 14-15)

De los ejemplos que proporciona Hamburger se puede siempre concluir que entre las diferentes escalas no es forzoso que haya oposición: es perfectamente posible que exista compatibilidad y armonía. Pero eso no implica que podamos trasladar la verdad de un extremo al otro, deducir una verdad de la otra.

Las comprobaciones **objetivas** no comprueban ninguna unicidad. Ella está en el cerebro humano. Lo que rompe el intervalo es nuestra aproximación a los objetos. Lo logramos porque queremos hacerlo.

"Reconquistar la ingenuidad deseable, es entonces aquí borrar de nuestra lógica habitual la idea de que la realidad de los objetos que nos rodean pueda ser definida por nosotros independientemente de nuestros métodos de observación", (p. 17)

La realidad será una u otra según nuestros métodos de observación. La suma de observaciones particulares no es igual a la observación del conjunto. No hay una "mirada única" que pueda captar todo. **"Es ya sorprendente que este mundo sea inteligible. Es demasiado pedir que lo sea totalmente, quiero decir que pudiéramos dominar sus secretos en una sola mirada."** (p. 19)

Los ejemplos expuestos por J. Hamburger y que dan fundamento al desarrollo de aquellas conclusiones están tomados de investigaciones en Biología y Medicina a las que se suman referencias a cuestiones similares que ofrecen la Física y la Matemática. Conforman la primera parte del libro titulada **Los límites de la verdad**.

De todo ello deriva esta afirmación: **"la experiencia científica, en los dominios más diversos, resiste a la convicción natural de que el conocimiento de los objetos que nos rodean es independiente de la escala de observación. El cambio de escala —y sobre todo el pasaje de una observación microscópica a escalas infinitamente más pequeñas— conduce a una visión diferente del objeto; y esta nueva visión no tiene forzosamente plena coherencia con la precedente. / . ./ Los haces de luz de métodos que trabajan sobre escalas diferentes no se reúnen forzosamente en una descripción totalmente homogénea y completa del objeto", (ps. 53-54)**

Así en física por ejemplo, con la introducción de la probabilidad en termodinámica se creaba **"un primer pasaje crítico entre un nivel fáctico, concreto, macroscópico, y un nivel matemático abstracto, probabilista, perdiendo por el camino un cierto estilo determinista inmediato. Este pasaje crítico era ya, de seguro, un ejemplo de la cesura que trato de definir aquí."** (P.61)

En relación con ello se siguen los temas relativos a lo aleatorio y los

límites del determinismo que conducen al de las **preguntas impropias**, los **porqué ilícitos** en el campo de las ciencias.

"Razonamos como si el mundo tuviera una "significación" propia, absoluta, independiente de nosotros. Razonamos sobre la significación del mundo del mismo modo como razonamos sobre la finalidad de las funciones del riñón", (p. 100)

El pequeño pero brillante capítulo titulado **Los confines del territorio** prepara el acceso a la segunda parte: **Verdades sin límites** (título que hace simetría con el de la primera) donde analizará las **Pasiones**.

Razón y pasión

Uno de los obstáculos mayores para pasar de un nivel de planificación territorial o urbana al del paisaje, es que en tanto la una afina sus instrumentos de 'razón' y procura verdades científicas el otro está hecho de la cotidianeidad de hechos culturales deudores de la 'pasión' personal y la experiencia colectiva mucho más que de la deliberada abstracción intelectual.

En otro sentido la ruptura es de evidencia lógica pues la planificación para ser tal **tiene que ser** teórica (proyecto) en tanto el paisaje es pura práctica (pasado y presente).

Inútil involucrar al uno en la otra.

Pero en la experiencia real lo tangible es que nos enfrentamos con experiencias de planificación urbana, planes reguladores o códigos urbanos. De efectos mucho más desoladores en la medida que intentan aproximarse a determinaciones más detalladas.

Se asiste entonces a la secuencia: planificación —resultados no queridos o no previstos (imposible preverlos) — nuevos estudios para localizar las fallas. Si de lo que se trata es de recuperar un paisaje irremisiblemente perdido las proposiciones son cada vez más nebulosas y la insatisfacción persiste.

Sabemos que en materia de paisaje urbano la única propuesta definitiva y coherente fue la de Le Corbusier: abolición del pasado e instauración del eterno presente perfecto. La planificación urbana se deduce del paisaje urbano imaginado. Idealidad pura; en eso residía su posibilidad y perfección.

El orden perfecto, el crecimiento armonioso, el desarrollo equilibrado, no son sino aspiraciones totalizadoras surgidas de la misma raíz que el "sentido del mundo" al que se refería Hamburger en nuestra cita. Desde esta óptica podríamos invertir los términos; aquí estaría la 'pasión': lo inexplicable, o imaginario, lo inefable, y en el paisaje la 'razón' o lo susceptible de conocimiento científico o, mejor dicho, de conocimientos.

Pasarelas"

"Este nuevo dualismo distingue dos categorías en las actividades del espíritu o, si se prefiere, en los modos de conocimiento del mundo: las obras de razón y las obras de pasión." (p. 144)

Completa idealidad como proyección de formas creadas, o idealidad social, o abstracción matemática, la planificación es de una naturaleza diversa a la del paisaje.

El dualismo es inevitable, la distancia, la ruptura, existen con necesidad lógica.

Pero el hombre está en ambos, como pensamiento abstracto en un extremo, como ser concreto conociendo y creando un mundo, sus paisajes, en el otro.

Jean Hamburger ha examinado ese problema desde el punto de vista de, por ejemplo, la utilización del conocimiento científico o del saber médico. ¿Cómo franquear la cesura entre las obras de razón y las obras de pasión? Mediante intermediarios, puentes, que Hamburger llama **passerelles**.

Pasarelas éticas. Comportamientos que no dependen de imperativos innatos. **"Que se trate de esta moral natural o de morales adquiridas, ellas van a intervenir en adelante en la conducta del hombre.**

Ahora bien estas morales no están de ninguna manera construidas a partir del conocimiento. No pueden estarlo. El concepto de valores morales no está inscripto en ningún saber extraído de la sola razón / ./." (p. 147)

Pasarelas políticas, que efectúan el intercambio entre conocimientos y acción.

Podríamos agregar: pasarelas económicas, y, sobre todo, pasarelas artísticas. Moral, política, economía, arte. He aquí los intermediarios en cuyas manos estuvo y debe estar el cuidado del paisaje urbano. Debe dejarse a estos intermediarios la tarea incesante de construir pasarelas.